Árboles singulares

Cuaderno de campo de los árboles más fascinantes de España

ANAYA TOURING

Cada árbol es un ser excepcional con pasado propio, y cada página de este libro, un homenaje a la belleza, la resistencia y la singularidad del mundo natural que nos rodea.

César-Javier Palacios | textos

Nacho Sevilla | ilustraciones





Árboles singulares

Cuaderno de campo de los árboles más fascinantes de España

César-Javier Palacios | textos

Nacho Sevilla | ilustraciones

ANAYA
TOURING

© Textos: César-Javier Palacios
© Ilustraciones: Nacho Sevilla

Primera edición digital: octubre 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Grupo Anaya, S.A.U., 2025
Valentín Beato, 21
28037 Madrid

Edición electrónica sobre la 1.ª edición impresa

ISBN: 978-84-9158-926-6

Para Marta y Begoña,
compañeras de vida,
árboles y sueños.

«¿Qué aprendió el árbol de la tierra
para conversar con el cielo?»

Pablo Neruda



Sumario



Grandes árboles para la vida // 8

Cómo se pinta un árbol // 12

Árboles singulares de España

Carballo de Santa Margarida // 19
Mourente (Pontevedra) • Galicia

O avó de Chavín // 23
Chavín, Viveiro (Lugo) • Galicia

Castaño de Pumbariños // 27
Manzaneda (Ourense) • Galicia

Ombú de Santa Cruz // 31
Oleiros (A Coruña) • Galicia

Carbayón de Valentín // 35
Tejero (Tineo) • Asturias

El tejo de Bermiego // 39
Bermiego (Quirós) • Asturias

Hayas trasmochas de Otzarreta // 43
Altzusta (Bizkaia) • Euskadi

Encina de Artziniega // 47
Artziniega (Araba-Álava) • Euskadi

Secuoyas del Monte Cabezón // 51
Cabezón de la Sal • Cantabria

Cedro del Himalaya de Bértiz // 55
Oieregi (Bértiz-Arana) • Navarra

Chopo de la Plaza // 59
Sorzano • La Rioja

Castañera de Lecina // 63
Lecina, Bárcabo (Huesca) • Aragón

Pino del Escobón // 67
Linares de Mora (Teruel) • Aragón

Quejigo de Casa de la Vega // 71
Embid de Ariza (Zaragoza) • Aragón

El ciprés de Silos // 75
Santo Domingo de Silos (Burgos) • Castilla y León

Tejo milenario de San Cristóbal de Valdueza // 79
San Cristóbal de Valdueza, Ponferrada (León) • Castilla y León

El Roblón de Estalaya // 83
Vañes, Cervera de Pisuerga (Palencia) • Castilla y León

Pino de la Virgen de Sacedón // 87
Pedrajas de San Esteban (Valladolid) • Castilla y León

Moral de San Pelayo // 91
San Pelayo de Guareña (Salamanca) • Castilla y León

Alcornoque del Mas Perxés // 95
Agullana (Girona) • Catalunya

Lo Parot // 99
Horta de Sant Joan (Tarragona) • Catalunya

El Roble de la Señora // 103
Sant Boi de Lluçanès (Barcelona) • Catalunya

El almez de sor Clara Andreu // 107
Inca (Mallorca) • Illes Balears

Drago de la isla del Lazareto // 111
Mahón (Menorca) • Illes Balears

Higuera de Can Toni Mestre // 115
Migjorn (Formentera) • Illes Balears

Sabina de los Responsos // 119
Puebla de San Miguel (Valencia)
• Comunitat Valenciana

Olmo de Navajas // 123
Navajas (Castelló) • Comunitat Valenciana

Algarrobo de Foia Brell // 127
L'Alfàs del Pi (Alacant) • Comunitat Valenciana

Pino de las Águilas // 131
Mula • Murcia

Noguera de San Pedro // 135
Aldea de San Pedro, Ossa de Montiel (Albacete)
• Castilla-La Mancha //

Tilo de la Casa de la Toba // 139
Beteta (Cuenca) • Castilla-La Mancha

Ahuehuete del Buen Retiro // 143
Madrid • Comunidad de Madrid

La encina de Ambite // 147
Ambite • Comunidad de Madrid

Madroño del Palacio Real de Aranjuez // 151
Aranjuez • Comunidad de Madrid

La Terrona // 155
Zarza de Montánchez (Cáceres) • Extremadura

Roble del Acarradero // 159
Cabezabellosa (Cáceres) • Extremadura

Almendro Real // 163
Valverde de Leganés (Badajoz) • Extremadura

El Abuelo de El Rocío // 167
El Rocío, Almonte (Huelva) • Andalucía

Mesto de la Dehesa del Castillo // 171
Archidona, El Castillo de las Guardas (Sevilla)
• Andalucía

Pinsapo de las Escaleretas // 175
Parauta (Málaga) • Andalucía

Drago Milenario // 179
Icod de los Vinos (Tenerife) • Islas Canarias

Sabina de El Hierro // 183
La Frontera (El Hierro) • Islas Canarias

Viñátigos monumentales de Fuensanta // 187
Meriga, Agulo (La Gomera) • Islas Canarias

Pino de la Virgen // 191
El Paso (La Palma) • Islas Canarias

Palmeras de la Rosa de los Negrines // 195
La Oliva (Fuerteventura) • Islas Canarias

Localización de árboles // 198

Bibliografía sobre árboles singulares
y cultura del árbol en España // 207



Grandes árboles para la vida





Gigantescos, poderosos y asombrosamente vivos. Los árboles singulares han resistido lo que la mayoría no pudo: siglos de tormentas, sequías, plagas, guerras, incendios y devastaciones. Han sobrevivido por estar lejos, por haber sido queridos o, simplemente, por puro azar. Hoy forman parte de un reducido grupo de supervivientes que han alcanzado un tamaño, una edad o una particularidad que los hace únicos. Antiguos como pirámides, algunos son los seres vivos más viejos que existen sobre la faz de la Tierra; los más antiguos habitantes de nuestros paisajes. También los más sabios. Y los más frágiles.

Monumentales como catedrales, pero delicados como flores, debemos cuidarlos con mimo exquisito. No solo por su grandiosidad, interés turístico y valor natural, sino también por lo que representan cultural y emocionalmente. Sus anillos guardan siglos de historia climática, sus raíces sostienen ecosistemas subterráneos extraordinariamente complejos y sus copas dan refugio a infinidad de aves, mamíferos, líquenes, hongos e insectos. Son nodos de biodiversidad, verdaderas fábricas de oxígeno e impresionantes reservas naturales de carbono. Además, conservan una riqueza genética fundamental. Sus características —resistencia a enfermedades, adaptación al entorno— son el resultado de siglos o milenios de evolución. Por eso protegerlos es también proteger esa herencia biológica única, clave para un futuro mejor en el que el cambio climático exigirá especímenes más resilientes y ecosistemas más robustos.

Pero al mismo tiempo son símbolos profundamente humanos. Nos dieron comida, refugio en invierno, sombra en verano, incluso medicinas. En torno a ellos se han escrito cuentos, cantado romances, rezado oraciones. Fueron venerados como divinidades, respetados como testigos de los pactos entre personas y convertidos en confidentes silenciosos de nuestros amores.

Conocerlos es el primer paso para valorarlos. Y valorarlos, el primer gesto para protegerlos. Esa es la intención última de esta guía. Porque sin los árboles singulares, nuestro paisaje, nuestra cultura y nuestra memoria estarían incompletos.



El cuaderno de campo, espejo emocional del paisaje

Llevar un cuaderno de campo es como tener una segunda mirada. Una que observa más despacio, con más detalle, con más asombro. A la manera de los antiguos naturalistas del siglo XIX, que recorrían montañas, bosques y llanuras lápiz en mano, acuarelas y una libreta de tapas gastadas, anotar lo que vemos es una forma de ver mejor.



En torno a los árboles singulares, los cuadernos cobran un valor especial. No solo permiten registrar las dimensiones de un tronco extraordinario, su número de brazos o la altura aproximada del gigante. También nos invitan a recoger sensaciones como si fuera un querido diario: la textura de la corteza, el sonido del viento entre las hojas, el canto de un pájaro en lo alto, la presencia inesperada de un escarabajo en una rama o una flor diminuta creciendo en una grieta del tronco. Escribirlo —dibujarlo— es fijarlo en la memoria.



Frente a la velocidad de la fotografía o la fugacidad de una nota en el móvil, el cuaderno de campo nos obliga a detenernos. A mirar con paciencia la vida que rodea al árbol: líquenes que tapizan la corteza, setas que emergen del mantillo, huellas de un zorro, el vuelo ligero de una mariposa. Cada línea que escribimos en él, cada trazo que dibujamos, nos hace más conscientes del milagro cotidiano de la vida.

Con el tiempo, el cuaderno se convierte en una especie de mapa interior. Un atlas personal del asombro que nos ayuda a entender mejor el mundo natural que nos rodea. Y, sobre todo, a amarlo. Porque no hay mayor acto de respeto que detenerse a contemplar. Como se hacía antes. Como se sigue haciendo cuando el corazón late al ritmo del bosque.



Decálogo del explorador arborícola: cómo visitar y cuidar un árbol singular sin dañarlo

Los árboles monumentales no son solo grandes o antiguos; son testigos vivos de la historia y reductos de biodiversidad. Y, al mismo tiempo, son seres extremadamente vulnerables. Una visita descuidada, una obra mal planificada o un gesto inocente pueden causarles un daño irreversible. Por eso, si te acercas a uno de ellos, ten en cuenta este decálogo de cariño hacia nuestros queridos abuelos vegetales:

1. No te subas ni lo toques. Aunque parezca fuerte, el paso y el peso de muchas personas terminan deteriorándolo. Y su corteza, que lo protege, puede dañarse fácilmente con roces, inscripciones o marcas; heridas por las que luego entran enfermedades y plagas.

2. Cuidado con las raíces. Si las ves al aire, evita pisarlas. Están vivas y son vitales. Tampoco pises su entorno inmediato, sobre todo en grupo; el suelo se compacta y las ahoga.

3. Respeta su espacio. Si tiene un vallado de protección no lo saltes para hacerte una foto o robarle un abrazo. Si carece de él, haz como si lo tuviera y disfruta del gigante desde lejos.

4. Si hay obras cerca, extrema la precaución. No amontones tierra, no remuevas el suelo ni abras zanjas, y nunca viertas líquidos ni residuos cerca de él.

5. Nada de vehículos. No se debe circular ni aparcar debajo. El peso daña el suelo, rompe raíces superficiales que se extienden a decenas de metros de la copa y altera su entorno natural.

6. No lo cortes, no lo dañes. Ha estado ahí durante siglos o incluso milenios. Evita grabar nombres o símbolos en su corteza, pues son heridas que pueden matarlo y solo delatan la ignorancia de quien lo hace.

7. Mantén limpia la zona. No dejes basura, ni permitas que otros lo hagan. Cuidar el entorno es cuidar al árbol.

8. Cumple la normativa. Muchas veces hay indicaciones específicas para su protección. Respétalas siempre.

9. Disfrútalo en silencio. Observa su forma, su sombra, su entorno con tranquilidad. Escucha su sinfonía de hojas. Es lo más valioso que puedes llevarte.

10. Elige tu árbol singular. Uno muy especial para ti. No hace falta que sea el más viejo o grande. Lo importante es que guarde una historia. Y que lo cuides.

César-Javier Palacios









Cómo se pinta un árbol

Pintar árboles del natural puede ser una experiencia muy gratificante. Es aconsejable disfrutar del proceso, esto es, de la elección de los materiales, el ejemplar a retratar, la perspectiva escogida, la luz que lo acompaña, el ambiente sonoro, etc., tanto o más que del resultado final de nuestra ilustración.

Para llevar a cabo esta tarea, recomiendo emplear los materiales con los que estamos más familiarizados y en los que más confiamos. En mi caso, papel de acuarela de grano fino de 300 gramos, un set de acuarelas en pastilla y tres pinceles redondos de los números 10, 6 y 1, además de un lápiz de dureza media (HB). Como vamos a trabajar en el campo, conviene que el equipaje sea lo más básico posible.

Fig 1



El primer paso es encajar el dibujo en el espacio disponible (Fig. 1). Decidiremos la orientación del papel (horizontal en nuestro caso) en función de las proporciones entre altura y anchura del árbol en cuestión y haremos un boceto de la silueta general, pasando el lápiz con suavidad, situando el tronco principal en el lugar adecuado.

Una vez escogido el modelo, nos tomaremos un tiempo para observarlo con calma, captando su impresión general y también los detalles más relevantes. Trataremos de decantarnos por la mejor perspectiva, evitando obstáculos visuales, y buscaremos un ángulo en el que la luz nos sea favorable mientras trabajamos. Vamos a dibujar un enorme ejemplar de roble.

Fig 2



Después, esbozaremos el ramaje principal, intentando visualizar el árbol desnudo, carente de hojas (Fig. 2). No vamos a llegar al detalle de las ramas más finas en esta fase, pero los trazos a lápiz deben estar bien marcados para que nos sirvan de guía posteriormente.



Fig 3



Fig 4

A continuación, plasmaremos los grupos de hojas más densos, al final de las ramificaciones, intentando hacerlo de la manera más concienzuda posible (Fig. 3). Ahora es el momento de añadir alguna rama más si lo consideramos necesario. Nuestra labor con el lápiz acaba aquí, habiendo dejado un boceto lo más detallado posible.

Pasamos a la fase de color, teniendo en cuenta que debemos partir de tonos más claros y reservar las áreas que no llevarán pintura, ya que la acuarela no permite corregir errores. Una vez conseguido el verde deseado, aplicaremos la mezcla con el pincel más grueso, con toques sutiles y carga media de agua (Fig. 4).



Fig 5

Fig 6



La paciencia es fundamental en el proceso, poniendo más carga de color en la base de cada grupo foliar y respetando el tono claro de las partes superiores. Avanzaremos hasta concluir la copa (Fig. 5).

Con una mezcla de marrón grisáceo y un pincel intermedio, daremos una base de color al tronco y ramas más gruesas del roble (Fig. 6), sin llegar a definir las sombras.

A fin de añadir contorno y profundidad al ramaje, emplearemos un sepia oscuro y un pincel fino (Fig. 7). Es el turno de incorporar las ramas finas que no habíamos dibujado con anterioridad.

Para terminar nuestra ilustración, vamos a mezclar varios pigmentos hasta conseguir un verde oscuro que usaremos en las zonas menos iluminadas de la copa. Aplicaremos la mezcla dando pequeños toques con el pincel intermedio (número 6)



Fig 7



Fig 8

y poca agua. Es el momento de valorar el contraste entre áreas iluminadas y sombreadas y agregar, si fuera necesario, más color en espacios concretos para dar la sensación de volumen (Fig. 8).

Conviene dejar reposar nuestra pintura algunas horas, o incluso días, para decidir si está terminada. En muchas ocasiones, un poco menos de trabajo significa un mejor resultado.

Nacho Sevilla







Árboles singulares de España







Carballo de Santa Margarida

El secreto sanador de los druidas

Mourente (Pontevedra) • Galicia	N 42° 26’ 16.624” O 8° 37’ 34.985”	Roble carballo *(Quercus robur)*
		18 metros
		8,50 metros
		Más de 500 años
		Catálogo Galego de Árbores Senlleiras

Situado junto a una recoleta ermita dedicada a santa Margarita, son muchos quienes consideran que el árbol es anterior a la capilla, e incluso testimonial resto de un antiguo bosque sagrado de los druidas. No es para menos. Una ley no escrita prohíbe desde hace siglos golpearle con acero, hasta el extremo de que si una rama se caía no podía retirarse pues traía mala suerte. Tampoco podían varearse sus bellotas, tenidas por milagrosas, impensable que se las comieran los cerdos.

Lo admiró a mediados del siglo XVIII el padre fray Martín Sarmiento, sabio benedictino cuya casa familiar estaba muy cerca de él y al que calculó entonces una edad superior a los 600 años. Y quien entre otras curiosidades recogió esta tonadilla: «Santa Margarida de Monteporreiro, que ten o carballo maiore do reino». El mayor carballo del reino de Galicia, nada menos. El mismo monje dejó constancia escrita de que cuando hacia 1740 un mal vecino quiso cortarlo, solo la intervención de un sacerdote que por allí pasaba, el jesuita y confesor del rey Fernando VI Francisco de Rávago y Noriega, impidió su linchamiento por una turba de encolerizados vecinos ante tan impensable atrevimiento: talar un roble sagrado cuya desaparición les podría acarrear inmensas desgracias.

Seguramente el origen de esta veneración de raíces celtas no fuera tanto por él como por el manantial que surgía a sus pies, hoy desaparecido. Una fuente tenida por milagrosa mucho antes de que los romanos levantaran lo que ahora conocemos como Pontevedra y entonces se llamaba Turoqua («Torre sobre el agua»). En época medieval era la Fonte dos gafos e cegos, a donde acudían leprosos y ciegos para tratar de sanarse con sus prodigiosas aguas. Una leyenda, recogida por el historiador Alfredo García Alén, atribuye la fundación